

Producción y Recepción. Los jóvenes y las industrias culturales.

Por Florencia Saintout

Investigadora en comunicación de la UNLP

Hace tiempo que trabajo sobre el análisis e interpretación de las culturas juveniles: cómo los jóvenes viven el mundo contemporáneo, cuáles son sus expectativas en una época de cambios e incertidumbres donde la deriva pareciera ser una de las marcas fundamentales. Una época de crisis con los pactos tradicionales, que en nuestra región adquieren especial carácter ya que se suma un contexto de vulnerabilidad y precariedad socioeconómica con efectos de acelerada desintegración social. Y son los jóvenes los que, con un pie en el pasado, en el mundo de sus abuelos y padres, y con otro en el presente, comienzan a hablarnos del futuro, de las posibilidades de la vida social que vienen.

Parte de este mundo que están viviendo tiene que ver con el lugar cada vez más importante que ocupan en la vida cotidiana las Industrias Culturales (IC), que si bien no pueden ser pensadas sólo en su condición de instrumentos de dominación tienen una gran capacidad para moldear los sentidos sociales.

En este contexto aparece el problema de la información que sobre los mismos jóvenes producen las IC: qué información se construye sobre ellos y qué hacen los jóvenes con ella, es decir, cuáles son sus modos de consumo. Actualmente aquello que se in(forma) sobre la juventud es múltiple y variado, aunque claramente podríamos pensar en tres grandes condensaciones de sentido.

1. Los jóvenes del consumo

Este modelo liga a la juventud a la idea del joven/consumidor, que adquiere su identidad a partir de una relación exitosa con los bienes ofrecidos por el mercado; responde a cierto prototipo físico (blancos, altos, flacos) y se mueve en el mundo a partir de acciones individuales. Con problemas ligados a esferas subjetivistas, como el amor de pareja, los conflictos intergeneracionales, y el grupo de amigos. Cualquier referencia a preguntas de corte social o político, o que vayan más allá de la individualidad, está ausente. Este modo de nombrar la condición juvenil constituye aquel que el modelo político-económico neoliberal necesita para su reproducción y desde los dispositivos infocomunicacionales se refuerza y multiplica en un infinito juego de espejos a través de diferentes relatos.

Generalmente, los jóvenes se relacionan con estas imágenes a través de productos de las IC ligados al melodrama y manifiestan su identificación con ellas. Dicen identificarse fundamentalmente con sus problemáticas aunque, obviamente, y esto es claro en los jóvenes de sectores populares, las vidas de los "jóvenes de la tele" tienen muy poco que ver con las suyas. Pero tal vez sea necesario pensar cómo es que, junto al peso insoslayable de un discurso dominante y sus efectos como discurso hegemónico, las IC han sabido interpelar a los jóvenes desde una fachada de simetría, un "de igual a igual", muy distinta a los discursos verticales que tanto desde la escuela, el Estado o a veces hasta desde la propia familia se los convoca. Las IC, además, han sabido comprender claramente la temporalidad definida por el presente de las llamadas culturas juveniles. Mientras que la escuela o el Estado siguen pensado a la juventud como una categoría de tránsito y entonces convoca a los jóvenes para el futuro cuando ellos no saben claramente cómo darle nombre.

2. Los jóvenes desinteresados



"Los jóvenes del desinterés" son aquellos que, por diferentes razones, no tienen un lugar cómodo, en ocasiones, simplemente no tienen lugar dentro del presente de la sociedad y hacia el futuro. Aquí hay dos vías de construcción: la que ubica a los jóvenes en la apatía y la que los sitúa en la condición de vulnerabilidad.

El relato de que a los jóvenes nada les interesa se viene construyendo desde mediados de los '80 y es una de las verdades explicitadas de manera más contundente en distintos espacios. Este nada significa: no les interesa la política, los valores de sus padres, la familia, la escuela, un mundo, etc. Los relatos mediáticos de los jóvenes desinteresados los muestran entregados al ocio no planificado, eterno, abúlico, que en su abrumadora existencia los encierra en sí mismos y les hace perder el discernimiento entre lo bueno y lo malo. Así, son propensos a "malas compañías", "malos hábitos", dejando de lado en el camino una entrada al mundo público bajo las vías en que lo hicieron sus mayores.

Aquí es necesario plantear la existencia de la juventud desde su inscripción en una formación social más amplia que la de su propia generación para no perder de vista la conexión con el conjunto del cual forman parte. No se puede hablar de los jóvenes sin remitir a la sociedad que integran. Lo cual nos sitúa en relacionar el desinterés de los jóvenes con el desinterés que por las cuestiones públicas manifiesta en esta época una sociedad toda y, en ese caso, ver desde allí la particularidad.

Pero, además, quedará por preguntarnos cuánto de respuesta profundamente política y comprometida con el mundo que estamos viviendo es en sí misma esta aparente apatía. Porque, a contramano de los relatos que toman y revivifican los medios sobre el desinterés, encontramos que los propios jóvenes sí manifiestan interesarse, apasionarse incluso con cuestiones como la lealtad con sus amigos, lo que llaman sus "códigos", ciertas músicas. A la juventud la conmueve aquello que la política excluye: el amor, el arte, la trascendencia, la diversión. Y aunque rompa con principios de sacrificio, en pos de la subjetivación, el interés personal no es vivido como opuesto a la solidaridad.

3. Los jóvenes peligrosos

Pero si los jóvenes del apartado anterior, principalmente de sectores medios, todavía pueden ser salvados, existen otros que son contruidos simbólicamente y materialmente a partir de la necesidad de su extirpación del cuerpo social. Son los jóvenes de los cuales no sólo ya nada se puede esperar, sino que además hacen peligrar lo que nuestras sociedades han valorado como necesario de ser conservado: la vida, la coexistencia pacífica, el orden, la propiedad privada.

Sin dudas éstos pertenecen a sectores excluidos de la sociedad, que no sólo no han tenido acceso a la ciudadanía sino que en muchos casos son hijos de una o dos generaciones de no/ciudadanos. Jóvenes que hoy ni siquiera son alcanzados por los vestigios de un Estado de bienestar en retiro y que han quedado afuera de las instituciones que durante años venían cohesionando la vida social y que actuaban protegiéndolos y encauzándolos: familia, escuela, trabajo.

Así, en los últimos años, se ha informado desde la satanización de nuevos actores surgidos en el espacio público como la de los pibes chorros, o la de los maras argentinos, cuya identidad, se afirma, está dada por cierta propensión a la violencia y el delito. Los medios, a través de mecanismos de simplificación extrema han presentado esta característica absolutamente deshistorizada, casi como un componente aberrante pero natural de la socialidad contemporánea.

A estos jóvenes para los que no hay una política clara de inclusión y que son los más vulnerables en un contexto de incertidumbre extrema, se les teme porque se asume que están por fuera de toda regulación social: nadie puede poner un límite, controlar lo salvaje. Se los nombra a partir de la idea de que su peligrosidad estriba en que "nada tienen que perder", en que "no tienen futuro y por lo tanto pueden ir por el suyo". La construcción de unos jóvenes violentos ligados al delito, ubicados como los jóvenes excluidos, encubre la complejidad del origen social de la violencia urbana y adjudica la responsabilidad de la misma a ellos. Se narra una perversión casi natural de estos jóvenes que de alguna manera, en un paradójico juego entre el pánico y la tranquilidad (casi se podría pensar que son perversos congénitamente, lo que tranquiliza ya que no son contagiosos), anticipa el conjuro: una sociedad que parece unificarse sólo a partir de la demanda de más



represión. En la misma línea de criminalización de los jóvenes pobres es que también se incorpora la criminalización de la protesta social de los sectores excluidos integrada esencialmente por jóvenes. Así, desde otro ángulo, éstos aparecen también en las noticias del desborde, como actores privilegiados de los disturbios, denunciados por sus caras tapadas en las que no se lee el temor a la represión sino más bien un rasgo de lo salvaje.

La pregunta que nos interesa, desde los usos sociales de las IC y la información que a través de ellas se produce, nos vuelve a los modos de relación que con estos relatos tienen los jóvenes. Podríamos decir que en líneas muy generales aquí hay dos grandes vías de lectura de la asociación jóvenes/peligrosidad. Una es aquella que la asume como verdadera, que los jóvenes tanto de sectores medios y altos como desde los propios jóvenes de sectores excluidos reproducen como discurso dominante. En un grupo de discusión conformado por jóvenes de diferentes sectores sociales, una chica proveniente de una familia situada por debajo de la línea de pobreza lo expresaba así: "El lugar donde vivo está lleno de pibes que ya no pueden rescatarse. Yo se que no me tengo que acercar a ellos, me dan miedo".

La otra línea de lectura es la que transforma el estigma, ser peligroso, estar perdido, en emblema de identidad. En los últimos años hemos asistido a la proliferación (a través de las mismas IC, incluso) de un discurso que en un uso táctico, asume la identidad de juventud peligrosa, muchas veces nombrada como delincuente, y resignifica su lugar de carencia situándola como capital: "Ellos son los chetos, nosotros los chorros", sumado al grito de guerra "¡aguante el pibe chorro!".

Introduciendo elementos de muy diversa índole, donde conviven esquemas de una cultura autoritaria y machista con prácticas de subversión del orden dominante, parte de estos jóvenes que en muchas ocasiones no poseen ciudadanía política, ni social ni cultural, toman la información que sobre ellos circula moldeándolos a partir de la condición de la identidad deteriorada y la transforman en plataforma desde la cual enfrentar un mundo que se les hace cada día más adverso.

Finalmente, pensar el lugar de la información desde sus usos sociales permite, en relación a las culturas juveniles, ver cuánto hay de aceptación pero también de negociación e impugnación de aquello que aparentemente circula en una sola vía, bajo un único sentido.